

LA VOZ DE LA CARIDAD

N.º 301.—15 de Setiembre de 1882.

*Dios es caridad, (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

LA OPINION PÚBLICA Y LA REFORMA PENITENCIARIA.

¡Qué triste es escribir un día y otro sobre el mismo tema con la convicción de hallar pocos lectores y mucha indiferencia en la mayor parte de ellos! Aquella desconsoladora frase *vox clamantis in deserto*, tiene triste, pero exacta aplicación á los que, no en el desierto donde no hay oyentes, sino en una capital de quinientas mil almas donde hay aficiones para todo, escribimos una y otra vez sobre la necesidad de reformar nuestros establecimientos penales, con la desventaja de no encontrar aficionados á esta materia, ni simpatías más que en muy escaso número de personas.

Todo el que emprende una propaganda religiosa, política ó científica, cuenta con el apoyo de la opinion pública, ese elemento inmaterial, que no está concretamente en ninguna parte y se halla en todas, palanca poderosa para mover el mundo, oprimida antiguamente, hoy libre y en pleno uso de su poder y su actividad. Todos acuden á la opinion pública y la solicitan; todos intentan dirigirla hácia objetos determinados, porque está reconocida unánimemente su poderosa influencia. ¡Dichosos los que logran interesarla! No tenemos nosotros esa dicha ni la tiene nuestra revista, que hace ya trece años viene clamando en todos los tonos y bajo todas las formas, sobre la necesidad de emprender y realizar con mano

vigorosa la reforma de nuestros establecimientos penales. Los escasos resultados debieran desanimarnos; pero no entra el desaliento en las condiciones de nuestro carácter. Además quizá consista en que somos débiles apóstoles de una idea buena, y por eso no hacemos prosélitos.

Porque estos fracasos de nuestras tareas no los atribuimos á que en España, como vulgarmente suele decirse, no hay opinion pública bien formada y acostumbrada á manifestarse. Cierto es que no ha llegado á gran desarrollo y que tiene mucho que envidiar y que aprender de otros países, pero existe también en el nuestro; y de cuando en cuando, si se logra conmoverla, la vemos enseñorearse de la marcha de las cosas públicas é influir en sus derroteros, sin más que ostentarse compacta, enérgica y sensata.

La política, en primer término, tiene, no de cuando en cuando, sino constantemente, el privilegio de apasionar á la opinion pública con preferencia á todo. Con nobles arranques de bien entendido patriotismo, ó con miras estrechas é interesadas de partidos egoistas, la opinion del público se ocupa preferentemente de la política. ¿Quién no se interesa por ella más ó menos? ¿Quién deja de leer los periódicos para asociarse á lo que la opinion pública siente y dice sobre los acontecimientos políticos? Cortes, periódicos, telegramas, clubs, reuniones, asociaciones, propagandas de todas clases: hé aquí las manifestaciones incesantes de la opinion en materia política, que lo mismo se apodera de algun grave suceso internacional, como la cuestion anglo-egipcia, que de la noticia trivial de haberse reunido media docena de Diputados para almorzar.

No negaremos que esto tiene en parte su justa razon de ser. Si la política no es, ó debe ser, en su esencia más que la ciencia de gobernar bien el país, ningun buen ciudadano puede ni debe ser á ella indiferente. No condenamos, pues, la opinion pública política en general: lo que lamentamos es que sea absorbente, monopolizadora de la atencion de los hombres y que los distraiga de otros intereses que debieran también ocupar esa atencion.

Dejando á un lado los de la cuestion religiosa, porque

estos obedecen á móviles más sublimes y más íntimos, en que el individualismo de las conciencias puede más que la conciencia pública, descendamos á otros objetos más mundanos, más ligados á nuestra vida social, y en ellos veremos que la opinion pública ejerce con provecho su accion irresistible.

Ocurre hace tres años la gran calamidad de las inundaciones en nuestras provincias de Levante, y en seguida la opinion pública se ostenta generosa, noble y enérgica; y prodiga donativos, organiza los medios de socorro, lleva sus ecos á todas partes hasta interesar á los mal llamados frívolos parisienses, y se vé, en fin, una magnífica explosion de lo que pueden hacer con un gran fin caritativo tantas voluntades unidas, desde el monarca hasta el obrero, desde los tradicionalistas hasta los demócratas más radicales.

En ciertas regiones ó comarcas, cuando amenaza un mal, que el instinto público adivina ó prevee, la opinion trabaja, acoge quejas, apoya reclamaciones, defiende derechos, sustenta teorías, las presenta en deplorables hechos prácticos, y siendo una voz poderosa, como eco de millones de otras voces, se deja oír en las regiones donde puede hallar remedio; ventaja grande de la civilizacion ilustrada, que reemplaza los alaridos iracundos del motin con las manifestaciones ordenadas y tranquilas de las necesidades de los pueblos. Pruebas de esto nos dan la industriosa Cataluña cuando se inicia alguna reforma arancelaria que perjudique á la industria nacional; Castilla, cuando se pide la libre importacion de los cereales extranjeros; Valencia, cuando se quiere abrir astutamente un portillo para que vengan los arroces de la India; y Andalucía, cuando sufre, como sucede hoy lastimosamente, los horrores de la escasez de cosechas y carestía de subsistencias, que engendran toda clase de miserias.

Ahora mismo, ha bastado que un ilustrado periódico (*El Imparcial*) que, aunque de opiniones radicales en política, se distingue por el acierto patriótico y sensato con que discute las más graves cuestiones de interés público, ha bastado, repetimos, con que haya dado el grito de alarma sobre la decadencia de nuestra marina militar, dedicando á ello repetidos artículos, algunos sin embargo no exentos de exageracion,

para que la opinion pública se ocupe y preocupe con insistencia de esta grave cuestion; y es muy probable que por efecto de esta influencia de la opinion, veamos en la próxima legislatura algun pensamiento salvador, bien de suscripcion nacional para mejorar nuestro material marítimo de guerra, ó bien de sacrificios grandes que el país se imponga, ó le impongan, con el fin de atender á esta necesidad.

Solo el ramo de establecimientos penales, que representa otra tan grande necesidad, yace en un abandono permanente, que si no es completo, porque algo se hace, es esto siempre insuficiente para lo que deberia hacerse; y por lo tanto continúa la sociedad entregada á las asechanzas de los criminales, continúa la influencia corrompida y corruptora de las cárceles y presidios en vez de ser, como debia, influencia moralizadora; y continúa, en fin, nuestra España rezagada en la marcha que siguen las demás naciones, respecto á la reforma tan importante y trascendental del sistema penitenciario.

Como no somos, ó al menos no queremos ser, pesimistas por sistema y desconocer lo bueno que se hace, solo porque no sea todo lo que debia hacerse, reconocemos con gusto que de algunos años á esta parte se vienen demostrando buenas tendencias y haciéndose algunos esfuerzos filantrópicos é ilustrados para ir planteando esa deseada reforma. Además de lo mucho que se va haciendo en la legislacion y en la práctica, no han faltado Ministros celosos y entendidos, los cuales han comprendido que no todo debe llevárselo la política; que algo y mucho se debe á la Administracion y muchísimo especialmente al ramo penitenciario. Por efecto de esto vemos elevarse la nueva cárcel-modelo de Madrid (aunque no exenta de defectos) y otras en diversos puntos, pocos por desgracia; hemos visto tambien dictarse reformas provechosas, como los decretos de 1879, crearse el Consejo penitenciario, estudiarse seria y científicamente la organizacion de la carrera de empleados de presidios y cárceles, y ordenarse la mejora deseada de las conducciones de presos y confinados por medio de los ferro-carriles, sustituyéndola al absurdo é inhumano sistema de las conducciones á pié por tránsitos de Guardia civil.

Todo esto son, y serán aun más cuando se terminen, refor-

mas buenas que honran á sus iniciadores, pero no son una reforma penitenciaria tan completa cual exige este ramo. Desde el momento en que esa necesidad se convierte en evidencia que no requiere demostracion, preciso es que el esfuerzo sea gigantesco y abrázando mucha mayor esfera.

Triste verdad es que los Gobiernos, lo mismo el pasado que el actual, pueden poco, porque disponen de muy pocos recursos, siendo los que les da el presupuesto general del Estado altamente insuficientes para emprender las grandes reformas en que el dinero entra como factor principal: no hay, pues, que culpar á los Gobiernos de todo. Es un error lamentable el que los españoles nos consideremos siempre como niños bajo tutela, no haciendo nada ó casi nada por sí mismos y esperándolo todo ó casi todo de la accion del Gobierno, á quien se considera dotado de una especie de engañosa omnipotencia. El país, por medio de sus representantes, desarrollando el espíritu de asociacion y con las manifestaciones sensatas y legales de la opinion pública, puede hacer mucho, casi lo principal, en esta empresa.

Esa opinion, tan poderosa como antes hemos dicho, es la que debe imponer moralmente á los legisladores, mandatarios de los pueblos, la necesidad que hay de grandes sacrificios para remediar necesidades tambien grandes. El país está empobrecido; bien lo sabemos y lo lamentamos, admitiendo la triste verdad del hecho sin entrar ahora á discutir sus causas; pero porque esté pobre, ¿dejan de construirse buques acorazados de inmenso coste, cañones modernos de inmenso alcance, fusiles de mayor actividad mortífera, faros que guien á los navegantes, telégramas que lleven la palabra instantánea, y ferro-carriles que desarrollen el comercio y las relaciones sociales? ¿Por qué, pues, no ha de entrar en competencia con esas grandes necesidades de la civilizacion la de hacer que las cárceles sean simples lugares de precisa detencion y no escuelas del crimen; que los presidios sirvan para expiar los delitos y corregir los malos instintos, en vez de ser encierros de hombres fieras, prontos á lanzarse de nuevo sobre la sociedad honrada, que detestan, porque ellos no lo son y están contenidos?

Y todavía hay en este ramo un punto más digno de estudio y más indisculpable, porque para establecerlo no se requieren ni grandes gastos ni reformas difíciles. Tal es el abandono repulsivo en que aparecen los licenciados de presidio al volver á la vida de la libertad, sin más sombra que la de la infamia que llevan consigo, rechazados por todas partes si quieren emprender honrada vida laboriosa, y empujados fatalmente por esa misma repulsion á reincidir y entregarse de nuevo á la vida criminal, como cuestion de subsistencia, si es que no les acompaña un espíritu de brutal rencor contra esa misma sociedad que les desprecia y se aleja de su lado cual si fueran apestados que pudieran contagiarse.

Para remediar esa preocupacion del público y esa miserable situacion de los licenciados, no hay elemento más oportuno que las sociedades de Patronato, de las cuales ha hablado nuestra revista extensamente y repetidas veces.

Dolor y vergüenza nos causa el ver que esas sencillas asociaciones, tan propias de la caridad cristiana, de las tendencias moralizadoras, y hasta del interés egoista de todos, existan á millares en otros países, y apenas son conocidas en el nuestro; que no solo Francia, Inglaterra, Alemania y los Estados-Unidos, que pretenden llevar la bandera de todos los progresos, sino otras naciones que parecen estar atrasadas, tienen ya planteado el sencillio patronato, que recoge al confinado cuando sale del presidio, y hasta se pone en contacto con él antes de salir, para ampararle, instruirle, socorrerle, facilitarle trabajo, hacer, en fin, de él, un hombre útil á sí mismo y á sus semejantes, en vez de un pária de la civilizacion repudiado y despreciado de todos. A la vista tenemos el Reglamento de la Sociedad de Patronato de Varsovia, que es un documento importante é insertaremos en el número próximo, traduciéndolo del excelente *Boletin de la Sociedad general de prisiones* que se publica en París. Su sola lectura demuestra con la más elocuente sencillez, cuán fácil es hacer mucho bien sin más elementos que los del buen deseo y de la caridad, la cual no distingue de personas cuando se trata de darles el socorro material y moral que necesitan. Este es uno de los puntos en que no debemos pedir al Gobierno más

que su apoyo moral; no que haga directamente lo que la iniciativa particular y celosa puede hacer al amparo de la ley, que autoriza las asociaciones útiles y buenas.

Hoy son escasos, escasísimos los movimientos de la opinion pública sobre esta materia penitenciaria. Entre tantos periódicos que hay en España, solo, además de nuestra revista, tenemos noticia de *El Penitenciario*, que trata las cuestiones de la reforma penal; entre tantos estadistas, pensadores y hombres eminentes que escriben, hablan y se ocupan de ciencia, de política y de toda clase de intereses públicos, pocos, poquísimos son los que dedican sus esfuerzos y su inteligencia á este ramo tan importante. Hace falta, pues, que la opinion pública se levante enérgica y compacta, cual suele hacerlo para otros objetos, no con esfuerzos y demandas aisladas, sino con miras elevadas y completas de toda la reforma penitenciaria; que haga prosélitos de la idea, que combata tibiezas fatales é indiferencias inescusables, que reanime intereses sociales desatendidos; que haga, en fin, que los 16 millones de españoles se ocupen algo de los 16.000 que están en nuestros presidios, los cuales han de volver algun dia á vivir entre nosotros, para bien suyo y nuestro si están corregidos, ó para ser de nuevo el azote funesto de la sociedad, si vuelven con igual ó menor perversion de la que tenían cuando fueron condenados.

¿Lo hará así esa opinion pública, tan poderosa en otras materias y tan débil hoy en esta? Nosotros nos limitamos á desearlo ardientemente, á ofrecer nuestra cooperacion como soldados de fila en esta campaña moralizadora; y quisiéramos transmitir igual deseo á cuantos tienen la autoridad del mando ó el prestigio del génio, á fin de que empleen uno y otro en la reforma tan deseada y tan necesaria de las cárceles y presidios españoles.

ANTONIO GUEROLA.

Escorial, Agosto 1882.

CARIDAD CUBANA.

Aunque nuestra revista tiene poca aficion á copiar artícu-

los de otros periódicos, hacemos una excepcion en lo que á caridad se refiere, porque es muy grato para nosotros y puede ser muy útil estímulo para los demás, el dar á conocer lo que en cualquier parte del mundo se haga para desarrollar el ejercicio de esa virtud tan cristiana como social.

La Isla de Cuba siempre se distinguió, entre otras cosas que la hacen notable, por los sentimientos hospitalarios y caritativos de sus habitantes. Hay allí una bella ciudad, Cárdenas, que, siguiendo una marcha constante de progresos de bienestar, no podrá olvidar el progreso de la beneficencia y el amparo de los pobres. *El Diario de Cárdenas*, uno de los mejores periódicos americanos, acaba de publicar un artículo sobre esto, tan bien sentido y escrito, que nos parece oportuno reproducirlo á continuacion.

ANTONIO GUEROLA.

La caridad en Cárdenas.

Ningun sentimiento más noble, ningun deber moral existe que, respetado y cumplido, enaltezca más á la criatura humana que el de la Santa Caridad en favor del prójimo enfermo ó desvalido.

Todas las virtudes son bellas. Hijas de Dios, tienden á la realizacion del bien, y por su constante ejercicio elévase el espíritu hasta el Ser Supremo que se goza en nuestras buenas obras; pero entre aquellas ninguna más sublime, ninguna que determine tanto un ventajoso grado de perfeccion moral en las sociedades, como el socorro de las miserias y necesidades de los que gimen en el lecho del dolor y del desamparo.

Nosotros no comprendemos los incesantes afanes del avaro que acumula en sus arcas tesoros que sólo han de servirle de tormento, que han de proporcionarle cuidados y zozobras únicamente. No nos explicamos la ambicion de reunir una colosal fortuna para deslumbrar al mundo con lujo fastuoso, para dominar como tiranos sobre la pobreza infeliz, haciéndose temer de ella por el *metálico* poder, ó para entregarse á los brutales placeres de la materia, á la holganza y á la disipacion.

Apreciamos el dinero en lo que vale, sí, que no somos de los que lo llaman *vil* y otras lindezas por el estilo, hijas algunas veces del despecho de los que por mala suerte, por pereza ó por otra cosa de índole parecida, aparentan despreciar lo que en el *realismo* de la vida cuesta tanto como sirve; pero apreciámoslo no tan sólo para darnos una vida cómoda y decorosa, sino también para tender una mano pródiga á los infortunados que han menester de nuestros auxilios, á fin de hacer más llevadera una existencia penosa, llena de dolores y de amarguras.

Cuando vemos una madre rodeada de pequeñuelos que le piden pan, á ella que sólo puede darles ¡infeliz! sus propias lágrimas por todo alimento; cuando vemos un pobre enfermo que se arrastra fatigosamente por demandarnos en nombre del cielo una limosna; cuando se presenta, en fin, á nuestra vista un cuadro de miseria, queremos tener recursos para socorrer al que sufre, oír cómo su voz dolorida toma el timbre de la más dulce emoción para bendecirnos, demostrándonos así su gratitud, y sentir en lo íntimo de nuestra alma la inflexible satisfacción de haber sido útiles al prójimo; de haber llenado uno de los preceptos de la religión cristiana, de haber hecho el bien, en una palabra.

La Caridad es don del cielo, es una virtud que se encuentra más practicada en los pueblos más amigos del progreso y de la civilización. Por eso nosotros, al visitar alguna populosa ciudad, en cuyo centro bullen la abundancia y el lujo, y en cuyos extremos se ofrecen los más tristes espectáculos de desvalimiento y de pobreza, á la manera que el rico é inmenso mar poblado de hermosas naves que trasportan de un pueblo á otro pueblo incalculables tesoros, arroja á sus orillas los despojos del naufragio, los restos de las ruinas causadas por la tormenta; por eso nosotros, volvemos á decir, cuando visitamos una gran ciudad, para juzgar de su adelanto y de su cultura preguntamos cuántos asilos tiene para los pobres, cuántas casas de maternidad, cuántos hospitales...

Y en este concepto enorgullecémosnos por vivir en una población tan eminentemente caritativa como Cárdenas. Jamás se agota aquí el sentimiento de la Caridad, nunca se lla-

ma en vano á los generosos corazones de estos cultos habitantes, si se invoca el socorro de los desvalidos; y podemos lisonjearnos de que en esta localidad está relativamente más auxiliada y favorecida la pobreza que en otras muchas de la Isla.

Nuestras distinguidas damas ocúpanse con preferente atención de estimularnos hácia ese fin; y buen ejemplo de ello es el brillante resultado que ofrece la recolección de fondos iniciada hace poco tiempo por la Asociación de Señoras Protectoras del Hospital, en beneficio de éste.

Gracias á los esfuerzos de esos ángeles del hogar, los enfermos del referido establecimiento hállanse perfectamente asistidos: el orden interior de aquel es inmejorable en cuanto á aseo y demás; y muy en breve se contará con unos salones espaciosos y de buena ventilación y excelentes condiciones, destinados á casos de epidemias.

Ya se han comenzado las obras necesarias al efecto, ya se amontonan en los terrenos del Hospital valiosos materiales, habiéndose dado comienzo á la excavación para los cimientos de la nueva fábrica.

Los vecinos de Cárdenas han rivalizado en generosidad y en desprendimiento, ofreciendo donativos de consideración, y aún continúa recibiendo otros no menos importantes la Asociación de Señoras.

Cárdenas, pues, cuenta ó contará muy pronto, con un asilo benéfico superior en facultades á sus necesidades del presente. Bendigamos por ello á las dignísimas señoras que tanto han hecho y hacen para llegar á fines tan convenientes; bendigamos el humanitarismo de este honrado vecindario; bendigamos á la Santa Caridad que tantos prodigios realiza.

LA VÍRGEN DE SETIEMBRE.

A mi querida tia Mad. Margarita Laurier de Perez.

Sea enhorabuena; ya tenemos otra vez en casa, como quien dice, la familia más numerosa de las que componen el

año: la de los meses con *r*. En calidad de embajador llegó, como siempre, el día primero, el pobrecito Setiembre, que es muy puntual y toma muy á pechos el cumplir, como Dios manda, con los deberes. Molesto y asendereado por las fatigas del viaje y por el peso de las alforjas cargadas de frutos, vino el infeliz, molido, eso sí, pero con una cara de Páscoa y unos ojillos retozones, de puro contento, que daba gozo verlo. Todo porque se disponía á pasar una temporadita con los hombres. En cuanto soltó el equipaje y descansó un rato, se fué á ver á doña Canícula, con la cual, ni este mes ni ninguno de sus hermanos tiene muy buenas relaciones, y con la más refinada política, porque es muy cortés, la dió á entender que obraría con discreción largándose con los calores á otra parte. ¡Cómo!... ¡tal grosería con una señora... con una reina? Poco oronda y atufada que se puso doña Canícula, lanzando con más fuerza que nunca llamas de sus ojos. Pero Setiembre, que veía á sus hijos los mortales con la lengua fuera, venció sus escrúpulos caballerescos y sopló unas brisitas matinales y nocturnas y abrió la llave á unas frescas lluvias, tan oportunas, que la muy soberbia señora doña Canícula no tuvo más remedio que marcharse por esos mundos, con su cortejo de tormentas y pedriscos.

Pero no por eso creamos que Setiembre es al modo de tiranuelo dictador, que destruye y derrumba cuanto no ha sido levantado por él. Muy al contrario. Si por algo peca, es por su carácter conservador, aunque despuntando un tantico en él ciertas genialidades que no á otra cosa trascenderían que á liberalismo si de personas se tratase. Y prueba al canto. Agosto, dueño del poder casi sin limitaciones, es uno de los meses más desconsiderados y de más holgada conciencia que se conocen. Encariñado con doña Canícula, solo para ella tiene oídos, y en balde que los pájaros griten que se achicharran, y las ranas que no pueden bañarse en agua hirviendo, y los arroyuelos que se secan, y los árboles que se mueren de languidez, y la tierra que se abrasa las entrañas. Como si nada. Lleva su insolencia á tal extremo que, en vez de aconsejar antes de morir, á su favorita, el recato y la prudencia, parece como que quiere hacérsela tragar á su sucesor. Gracias á que Setiembre es morigerado y de buenas costumbres, y muy prontito, el día 2 sin falta, destierra enhoramala á la revolucionaria y mal contenta señora.

Mas no por eso riñe con su pariente el mes de Agosto, porque recuerda que este protegió á los labradores cuando necesitaban un tiempo uniforme para que no se malograsen los sembrados. Así apadrina el veranito de los membrillos y

orea y sazona las cosechas de la otañada, tolerando un calor, que no es ya aquel tropical de los dias caniculares, sino una muy agradable temperatura, refrescada de vez en cuando por brisas y chaparrones.

Tambien Setiembre hereda de Agosto buena racion de trabajo, porque si el uno tenia á su cargo la recoleccion del grano, las ásperas faenas de la trilla, el otro cuida de velar para que no se malogren las frutas nuevas, la uva sobre todo, que pronto, dulce como la ambrosia, se trasformará en rico mosto cuando llegue Octubre con la vendimia. Las frutas tardías son, merced á los cuidados de Setiembre, esquisitas y sabrosas como nunca lo fueron otras, y es de ver el melocoton reventar de gordo y colorado lleno de jugo; y la sandía y el melon, cada vez más panzudos, destilando almíbar; y los higos, que agobian por lo abundantes la copa del árbol, soltando sus ricas mieles; en tanto que la naranja dora su cubierta, la granada abre su estuche y nos ofrece sus rubies, el almendro rompe la vulva que lo aprisionaba, la aceituna toma su color oscuro, la acerola y la azofaifa se pintan de encarnado y pórvido, y las nueces y avellanas ruedan por los suelos á impulsos de las sacudidas de los mercaderes que solo á ellas esperaban para marcharse á las ferias.

Pero ¡ah!.. si llovió á su tiempo, si apretó el calor mientras la siega, si se levantó el aire cuando la limpia del grano, si se deslizó la estacion sin apenas tormentas, no fué por otra cosa que por la intercesion de la Virgen, que siempre velando por sus hijos, no soltó ni una vez las riendas á los elementos. Hé aquí que llega el dia de su santo, la natividad de aquella mujer sublime, escogida por Dios para servir de lazo mediador entre Él y los mortales, y sin la cual la humanidad aflijida se veria privada del amor de los amores en la más negra de las orfandades, y son de ver el 8 de Setiembre la bullanga y animacion que reinan por los campos y la algazara y bullicio á que se entregan sus habitantes, que, agradecidos á los favores de la Virgen, dispuestos están á echar la casa por la ventana y á divertirse sin tasa, pues que luego no tendrán tiempo para ello en todo el año. Al que más y al que menos de los sencillos rústicos antójasele que aquel dia amanece más temprano y que el sol sale más orondo y ufano que nunca, dando saltos y cabriolas de júbilo, de que sabe que van á celebrarse nada menos que las fiestas de la Santísima Virgen. Y á la verdad, el rey de los astros luce entonces toda su generosidad y mesura, porque dependiendo de él el brillo y esplendor de cuantos festejos al aire libre se celebren, no se retira tras de una nube, siendo así que motivos no le faltaban,

pues nadie se acordó de convidarlo ni aun de cumplido. Sácanse del baul los atavíos más lucidos, y las mozas se ponen sus zagalejos de fiesta, y sus jubones más primorosos, y sus galas mejores, rivalizando con ellos, que, recogido el fruto de su trabajo, visten, muy flamantes, de nuevo, todos felices, todos tranquilos, todos condescendientes, todos pensando el día que les espera, en el bailoteo, al son de la guitarra y las castañuelas; en los novillos, que presidirá el señor alcalde luciendo su levita con cuello de terciopelo á la moda del rey que rabió, y todos soñando, en fin, en la procesion de la Sagrada Imágen que saldrá del templo por la tarde, para volver en cuanto el crepúsculo empiece á extender sus sombras.

¡Oh, qué hermoso momento! ¡Qué escena de fervorosa poesía! Anochece y la noche corre tan apacible y serena que diríase que toda la naturaleza está atenta al sublime acto que se verifica, que las flores escuchan y las constelaciones miran. Las campanas, lanzadas á vuelo, repican alegremente en la torre, elevando, entre todas, con sus diferentes tañidos, un himno que se oirá en algunas leguas á la redonda. Las calles aparecen alfombradas de sálvia y romero, que perfuman la atmósfera. Ventanas y balcones se engalanan con colgaduras. La multitud, impaciente, va y viene por todos sitios y pulula y se agita, pero con mesura y recato, produciendo un sordo murmullo, como las menudas olas de la mar picada. Por fin, llega la procesion de retorno á su casa. Hienden los aires cohetes y voladores que dejan rastros de fuego y esparcen manojos de irisadas luces. Todo el mundo calla, todos enmudecen, y cerca se escuchan á intervalos los acordes de la música del pueblo, el golpeteo del tamboril, las graves canturías de los sacerdotes, los sonidos metálicos de las campanillas. En dos filas formados avanzan los más devotos vecinos con velas encendidas, y entre ellos los hermanos de las diferentes archicofradías, con sus cetros de plata los mayordomos, con pendones y estandartes los demás. Viene en seguida la música, y detrás falanges de niños, vestidos de ángeles y serafines, custodiados por las doncellas todas de la ciudad, que forman la Asociacion de las Hijas de María. Miradla.... erguida en sus ricas andas; vestida con ámplia y primorosa túnica bordada en plata; ostentando en su cabeza, como una aureola, la brillante corona de mil rayos; sobre un trono de nubes; los ojos puestos con amor en el pueblo arrodillado; inundado el semblante de mística dulzura. Nubes de aromático incienso suben hasta ella y lluvia de flores y ramos cae á sus piés desde ventanas y balcones. En el pedestal de las andas, entre las plantas de la Imágen, véense espar-

cidas, sin orden ni concierto, diminutas gavillas de grano, atadas con cintas de seda: son las ofrendas de los labradores á la Virgen por el próspero resultado de la cosecha. Pasa la procesion, desfilan los sacerdotes revestidos, y la multitud, como rio desbordado, se esparce y se rompe, alzando descomunal algarabía.

Hermoso mes el de Setiembre, porque es la época del descanso, el período en que el labrador da por bien sudado lo que sudó, al ver los trojes llenos de trigo, pero hermoso mes tambien porque todo él está dedicado á María. El 8, la Natividad, el aniversario de aquel dia en que vió la luz primera, la más santa de todas las mujeres, la llamada á tener por hijos á todos los hombres, la vírgen y madre á la vez, la llena de gracia, de gracia que luego derrama, como bálsamo de consuelo, en el corazon de todos los que sufren y en el alma de todos los que la invocan. El 11, el Dulce Nombre de María. ¡Hay nada más poético que esta sencillez? El nombre que guarda todas las promesas, que seca todas las lágrimas, que sostiene todas las esperanzas, que anima todos los recuerdos.... El nombre que vive en todos los pensamientos, mora en todos los corazones, acude á todos los lábios, es sencillamente el de María, la estrella de la mañana, la rosa mística, la salud de los enfermos, nuestra abogada, nuestra madre. El 24, Nuestra Señora de las Mercedes, es decir, la Virgen bajo la advocacion de su título más hermoso. ¡De las Mercedes!... ¡Ah.... sí! Ella nos da, á nosotros que nada merecemos, todo lo que la pedimos, nos concede cuanto de ella imploramos, derrama misericordiosa todos sus dones y beneficios sobre sus hijos. La vírgen enamorada, la esposa ausente, la madre que ve partir al hijo, el soldado en la pelea, el navegante en la tempestad, el desterrado lejos de su pátria, todos invocan su nombre, todos solicitan sus mercedes, y ella atiende los ruegos, escucha las súplicas, consuela á los que lloran, atiende á los que padecen. ¡Ah, Virgen de Setiembre, manten siempre vivas las creencias en los hombres, que mientras exista en ellos la fé, no morirá nunca en el mundo la caridad!

ALFONSO PEREZ G. DE NIEVA.

Setiembre, 1882.

LA CARIDAD.

Virtud modesta siempre,
sublime y pura,

es de los desvalidos
 dulce consuelo;
 ella ampara al que sufre,
 sus males cura,
 y le enseña el camino
 que lleva al cielo.

No mira á quien reparte
 sussantos dones;
 á su lado la encuentran
 los afligidos,
 y forman su cortejo
 las bendiciones
 que la envian á coro
 los corazones
 agradecidos.

Ella socorre al hombre
 menesteroso;
 ella protege al niño
 desamparado;
 ella cubre las carnes
 del andrajoso
 y hiere al sentimiento
 del potentado.

De ella son las limosnas,
 los sacrificios,
 los asilos del pobre,
 los hospitales;
 ampara sin ser vista;
 mata los vicios,
 y produce alegrías
 y beneficios
 á los mortales.

Es del anciano pobre
 constante guarda,
 y hasta al mismo leproso
 piadosa vela:
 sufrir por los que sufren
 no la acobarda,

que hacer bien á los pobres
tan solo anhela.

Jamás de los que lloran
su amor olvida:

do quiera compasiva

su voz escucha;

en la guerra aparece,

y ansiosa cuida

al valiente soldado

que horrible herida

ganó en la lucha.

Proteger en silencio,

tal es su encanto:

hacer bien sin reposo,

tal es su gloria;

ella calma las penas,

enjuga el llanto

y nunca de sus dones

guarda memoria.

Aún siendo tan modesta,

domina al mundo;

es reina en las ciudades,

reina en la aldea;

el bien que hace entre todos

el más fecundo;

su bondad infinita;

su amor profundo....

¡Bendita sea!

RICARDO SEPÚLVEDA.